

Ángel Tafalla

Cuando acontecimientos tan dramáticos como los que están sucediendo en Ucrania se aceleran tanto, conviene serenarse y mirar hacia atrás antes de intentar formular predicciones sobre su posible evolución a corto plazo. Esta crisis empezó el 17 de diciembre pasado –tan solo hace tres meses– cuando el Señor Putin nos hizo llegar unos borradores de tratado en forma de ultimátum –pues estaban respaldados por un despliegue de 100.000 efectivos en la frontera con Ucrania– que contenían su visión sobre un nuevo concepto de seguridad europeo que debería sustituir al vigente tras la disolución de la URSS y el Pacto de Varsovia. En este nuevo documento se restringía el despliegue de fuerzas y misiles aliados en Centroeuropa buscando alcanzar una situación análoga a la anterior a dichas disoluciones. Vamos, que intentaba con amenazas atrasar el reloj de la Historia unos 30 años. Estas amenazas se materializaban sobre Ucrania que era simplemente una palanca para forzar tan hercúleo resultado.

La contraoferta de la Administración Biden a tan bizarras peticiones no satisfizo al Señor Putin por lo que acaba de decidir hacer efectiva sus amenazas sobre Ucrania que ya había recibido en el 2014 dos agresiones en Crimea y el Donbás. Y de todas las opciones disponibles para castigar Ucrania en venganza al rechazo occidental a su nuevo orden de seguridad europea, Putin ha elegido ayer la peor: invadir la totalidad del territorio ucraniano. Tenía a su alcance opciones más limitadas, tales como continuar actuando sobre el Donbás o bien mantenerse a levante del río Dniéper. Pero no le dieron parecer suficientes al sátrapa del Kremlin, que actúa sin freno institucional alguno y con un reducido grupo de asesores prácticamente invisibles. En un desvarío intelectual que roza la paranoia, Putin decidió enfrentarse legalmente a la totalidad de las naciones civilizadas contando únicamente con una tibia comprensión china y la forzada sumisión bielorrusa.

El invadir toda Ucrania va a traer consigo una serie de consecuencias. Entre ellas, un paquete de significativas sanciones económicas tan solo limitadas por la decisión del presidente Biden de acordarlas –esta vez– con sus aliados en lugar del procedimiento «Trump» de amenazar con represalias bilaterales a los que no las cumplan. Alguna sanción –tal como la exclusión de transacciones bancarias por el sistema SWIFT– evidentemente no ha logrado unanimidad y han quedado por lo tanto excluidas de momento. Pero las acordadas son muy serias y van a morder significativamente a la economía rusa, aunque desafortunadamente tendremos que esperar algún rebote negativo sobre el nivel de vida y los precios en Occidente. Otra consecuencia de la opción elegida por el presidente Putin es la muy probable aparición de una resistencia ar-

Análisis

El resurgir de la OTAN

► Suecia y Finlandia sopesan abandonar su neutralidad histórica para abrazar la Alianza

mada en forma de guerrillas sobre todo en las regiones occidentales ucranianas. Estas guerrillas serán posiblemente apoyadas –encubiertamente– con armas y fondos por los EE UU y alguna que otra nación aliada, utilizando la nueva frontera común. Las múltiples experiencias en Oriente Medio, y muy especialmente en Afganistan, demuestran la efectividad de estas tácticas cuando se cuenta con apoyo de la población local. Pero la consecuencia más trascendental –y perjudicial para los objetivos iniciales del Señor Putin– va a ser el aumento de la coherencia interna de la OTAN y la reafirma-

ción del imprescindible papel de EE UU en la seguridad europea. Incluso las no veladas amenazas nucleares rusas están consiguiendo anclar a los norteamericanos en Europa durante largos años.

El escenario futuro previsible que ha provocado la invasión rusa de Ucrania no es nada favorable a sus intereses a medio plazo. El statu quo anterior tenía tres naciones «colchón amortiguador» entre la OTAN y Rusia. Una con más sensibilidad hacia los intereses rusos que era Bielorrusia; otra más inclinada hacia Occidente como era la Ucrania ahora invadida; y la pequeña Moldavia, neutralizada prácticamente. Con la invasión de Putin este colchón

ha saltado por los aires y el contacto geográfico –y el rozamiento pues– entre rusos y aliados va a ser directo y violento. Ha creado una larga frontera con alta tensión. Y Suecia y Finlandia, que habían mantenido una neutralidad respetuosa con la histórica inseguridad rusa, posiblemente extraigan consecuencias de cómo se vive más tranquilo: cubiertos por el artículo 5 del Tratado Atlántico para evitar seguir el trágico destino de Ucrania o alternativamente, cada uno por su lado. Así que no sería nada extraño que pidiesen próximamente entrar en la

organización militar.

El resultado final de la invasión de Ucrania va a traer por lo tanto al Señor Putin lo contrario de lo que exigía cuando comenzó toda esta trágica aventura. Una OTAN cada día más unida con EE UU, que refuerza todos sus despliegues disuasorios de fuerza en su frontera oriental y con nuevas naciones democráticas en su seno. También provocará una situación económica dura para la población rusa que esta vez no tendrá un estímulo patriótico similar al que sintió con

la «recuperación» de Crimea, pues aquí, sí que va haber dolorosas bajas por más que intente ocultarlas. El prestigio internacional del Sr. Putin y su régimen

personal de gobierno va a quedar muy mermado por una agresión no justificada por ninguna provocación previa; el resto de las naciones pensará que también pueden ser víctimas si una especie de ley de la selva sustituye a la Carta de las Naciones Unidas. En fin que no parece que el presidente Putin haya hecho muy buen negocio a medio plazo con su desalmada invasión.

Si Rusia toma Ucrania el contacto entre rusos y aliados será violento

Ángel Tafalla es Académico correspondiente de la Real de Ciencias Morales y Políticas y Almirante (r)



Un casco militar con un impacto de bala en las calles de Kiev

AP